

Muerte bajo la Luna

I

Dos lágrimas frías como el hielo se deslizaban por mis mejillas, al tiempo que aquel hombre, con sus negras esferas de cristal inyectadas en alcohol, daba tumbos a nuestro alrededor tratando de zafarse de la situación; y mis ojos, petrificados ante el suceso, observaban impasibles como expiraba de tu cuerpo su último halo de vida. Poco después la noche se tornó blanca, los grillos enmudecieron sobrecoídos y todo quedó en el vacío.

Multitud de imágenes vinieron a mi mente en apenas un segundo. Toda una vida entera pasó por el subconsciente recordando los hechos que marcaron mi existencia. Evocaciones que debilitándose en la memoria, amenazan con desterrar mi cordura, derivarme hacia la enajenación mental que me lleve a perpetrar la aberración que voy a emprender.

Manchas de sangre enfriándose sobre las sábanas enmarañadas de la habitación que abandono con sigilo, vuelven a poner de manifiesto una vez más mi condición de mujer y, siendo sustento para la fertilidad, esta vez invitan a la muerte. Contengo la respiración, y antes de rebasar su frontera, despido con tristeza todos los libros y recuerdos que encierra.

Los resuellos tras la puerta entreabierta de la alcoba de mis padres, hacen extremar las precauciones para no divulgar mi huida.

Calles desoladas ante el silencio de la noche, acogen mis pasos rezagados en las entrañas de un pueblo que vela por el descanso de sus habitantes. Pequeñas aureolas de luz, esparcidas en medio de la tiniebla, se esfuerzan por devolver, sin éxito, la vida que el día se llevó de las callejuelas del villorrio, que una vez más se ha cebado en el dolor que causa la muerte de uno de sus escasos habitantes. Una bruma envuelve todo cuanto encuentra a su paso, y junto con las luces difuminadas por la penumbra, confiere un aspecto misterioso, que en absoluto incita al vagabundeo. El paso de la lluvia ha impreso sus huellas en el entorno, dejando tras de sí una humedad sólida que se adentra en lo más profundo de mis pulmones, mientras una leve brisa arrastra la neblina y trae consigo un frío casi polar que hace que ni los gatos osen a aventurarse en la noche.

Mi corazón late cada vez más deprisa. En esta ocasión, el miedo fluye por mis venas, avivado por la soledad que me acompaña. Los sentidos permanecen atentos a todo cuanto acontece a mi alrededor, alertando esta mente asustada por el silencio que le rodea. Según voy avanzando, siento como una corriente fría recorre mis entrañas. El cuerpo se ralentiza. Mis músculos amarrados se rebelan a mover este organismo hacia el destino que le aguarda.

Una sombra errante, siguiendo mis pasos, se convierte en escolta de la muerte, y junto con el aullido de un perro, que tal vez presagie la proximidad de un desenlace fatal, encrespan todo el vello de mi cuerpo, al igual que un puercoespín a la defensa ante un voraz depredador. El eco de los pasos propagándose por el estrecho callejón, amenaza con confesar mi marcha hacia

un lugar oscuro, para dejar testimonio de esta huida en algún sujeto despabilado. Finalmente, al extremo de la calleja, hace su aparición el sendero que me alejará del desvelo de cualquier espía.

Atrás quedan las candilejas de la adormecida villa pesquera, en la que nadie más ha abrigado mi tristeza. Dos campanadas solitarias, desafiando el mutismo, bosquejan la línea entre la vida y la muerte.

Perfilando el escarpado que delimita el mar de la tierra, vuelvo la vista hacia el abandono que se eterniza a mis espaldas. Pequeñas embarcaciones faenando tras días de holganza, a causa de las inclemencias atmosféricas, manchan el mar del destello de sus luces, temblorosas ante el débil oleaje; y en la lejanía, el viejo faro del islote infunde confianza a los pescadores, que se emplean a fondo en su actividad.

El murmullo de las olas rompiendo contra el arrecife, contrasta con el rumor de un pequeño riachuelo, que asenderea su trayecto puliendo la roca, para concluir su labor sumándose al sinfín de las aguas saladas. Al son que marca la corriente, emprendo esta vez una ida sin vuelta.

Abriéndome paso entre los arbustos del alcorce que conduce a nuestro lugar predilecto -aquel en que, sentada sobre tus rodillas, admirábamos la belleza del valle propendido a nuestros pies, ante la opulencia de nuestra relación-, alcanzo a ver la luna exhibiendo su gloria entre unas nubes rezagadas en su vagar por el cielo que las alberga. El viento produce un oleaje acompasado en las ramas de los árboles, que espesan el camino y parecen cientos de manos unidas en una despedida. Ante mi paso se cruza la travesía negra y endiablada en la que

alguien ha depositado un ramo de flores, tal vez buscando calmar la sed de los muertos.

Ya bien adentrada en la espesura, la melancolía y la soledad que pesan sobre mi ser, desalentan las ganas de seguir viviendo y transforman esta senda que recorriamos con algazara rumbo a la cumbre, en un camino largo, pesado y tortuoso, que nunca parece tener fin. El grito de un extraño animal vadeando la oscuridad en medio de la quietud de la noche, me sobresalta y hace que apure la marcha hacia mi ocaso. La linterna, fatigada por el viaje, empieza a temblar.

Alzando una mirada de despedida al cielo que me cobija, veo ya la luna despierta, luna icterica, impasible, inmóvil, observando, ... luna rodeada por miríadas de estrellas que fijan su atención en mi desgracia y esperan me una a su luminosidad, en la que me acogerán como nadie, salvo tú, hizo jamás en mi exigua vida. El frío me corta la cara, amenaza con desgarrar mis pulmones, a los que accede a través de esta nariz que sigue destilando flema, por el llanto de las últimas horas de tortura. Por ello, anhelo alcanzar plena libertad para mi afligido espíritu, desasirle de todo cuanto le ata a una humanidad que jamás le quiso recibir con gratitud.

No creo nadie advierta esta ausencia, o quién sabe si aquel párroco, que me llegó a querer como una hija, sea el único que realmente pueda sentir mi pérdida; al igual que hice yo con la tuya. Con toda seguridad, encontrará consuelo en la fe que quiso mostrarme, creencias que nunca entendí.

Poco me ata ya a este fatídico mundo. No creo oponga mucha resistencia a dar ese pequeño paso que me encamine hacia un lugar

nuevo, y así, olvidar todo lo sucedido; encontrarme contigo esperando acudas a mi llegada con los brazos extendidos y me acojas en ellos como tantas veces hiciste; despegándome del suelo para hacerme flotar sobre tu algodónado pecho, fortaleza de un corazón sensible que me cedió la llave que abría su cancela.

II

Tres días habían transcurrido ya desde que dejamos atrás la corrupción de una ciudad bañada en la miseria, de la que a causa de las deudas de mi padre en las apuestas ilegales, su repetitiva y precaria suerte, y unos pendencieros, a los que les debía lo suyo, empeñados en cobrarle sus déficits a cualquier precio, hizo que nos viésemos obligados a partir hacia un lugar remoto y desconocido, alejado de la savia que nos nutría en la ciudad donde habíamos hecho nuestras raíces. Días vagando sin un rumbo ni destino establecidos, huyendo de todas nuestras vivencias y recuerdos anteriores, nos llevaron a un apacible villorrio pesquero a los pies de un valle frondoso; lugar olvidado en las rutas de los asesinos y en el que mi inquieta rebeldía no se quería asentar.

Atrás quedaban quienes me ofrecieron su compañía en las callejuelas del barrio chino, aquellos junto a los que me envolví en un “submundo” de pillería y latrocinio; las estrepitosas sirenas de las autoridades, afanosas en su tarea de darnos caza; las cortas estancias en calabozos, incapaces de retenernos por mucho tiempo debido a nuestra minoría de edad; y las veces que nos reuníamos todos junto a un bidón de fuego a narrar nuestras aventuras. Momentos de los

que ahora recuerdo con nostalgia como el calor de la llama se contagiaba a mis pantalones; transmitían a mis muslos la intensidad de su fogata y una agradable sensación de hogar que nadie me daba; o el fuego, que acariciando mi frente con su viveza, alimentaba estos ojos ahora llorosos, tiempo atrás, sedientos de acción.

Viajé acompañada por el odio y el alcohol de un progenitor de consaguinidad dudosa, siempre desvaneciéndose tras el humo de un cigarrillo que ocultaba su rostro embriagado, cuya mirada ahumada de ojos grises como una ciénaga, me debió aterrorizar desde la infancia. De su rostro destacaba una prominente nuez que parecía amenazar con estrangularle, coronada con un mentón cuadrado y áspero, sobre el que se exhibía una boca de fetidez constante; era como si se hubiese recreado dándose un festín en la letrina. Vistiendo unas manos encallecidas, de piel curtida bajo la dureza de la construcción, que me arañaron con su roce, y que en repetidas ocasiones habían mostrado su nervio y brutalidad en numerosas tundas a lo largo de mi existencia, convivía con una botella de cazalla, a la que amaba más que a su cónyuge; mujer amable y cariñosa con todos los hombres que constantemente visitaban nuestra morada, pues nunca le permitían descanso alguno en su “sufrida ocupación”. Mostrando con descaro toda la holgura de sus caderas, para desviar cualquier atención sobre su prominente nariz -más bien propia de las aves de cetrería-, y perfumada con una loción capaz de ahuyentar todos los mosquitos de un estanque, era una hembra a la que le gustaba pasearse por las calles en los largos días de aburrimiento, por las que circulaba curiosamente atuendada con unas prendas que no se pondría ni el mendigo más harapiento.

Una caserna vieja, ya visiblemente deteriorada por el paso de los años, se convertiría en el nuevo cobijo de nuestras almas errantes. El olor a moho y humedad y la falta de ventilación tras el desahucio de los anteriores inquilinos, se precipitaron ante mis narices en una corriente de muerte, producto de un cuesco estancado con toda su ira fermentada por la soledad, y cuya oposición a abandonar su morada nos llegó a resultar tarea fatigosa.

La adaptación al recientemente estrenado entorno resultó un poco delicada, pues las gentes del municipio, "lugareños de mente obtusa", se mostraban reservadas y nos solían mirar con recelo a causa de nuestra reciente llegada en aquel pueblo que no visitaban ni los turistas más perdidos.

Calles adoquinadas; pequeños parques en los que reposar la vejez; paredes encaladas de entre las que destacaban sus balcones de madera oscura y farolas de fundición dispersadas a lo largo de sus paseos, contrastaban con una vegetación salvaje, que lindando con el villorrio por un extremo, llegaba a remojar sus pies en el otro; mar acompañado por un viejo faro que, emergiendo de entre las excretas de los pájaros que saturaban el islote de su sustento, se alzaba mostrando su gloria marchita por la corrosión de la sal marina. Campos cultivados por ancianos curtidos bajo el sol, discrepaban con pequeñas embarcaciones sesteando a la orilla del mar; imágenes que no tardaron en absorber mi atención ante tanta belleza natural, belleza para mí desconocida.

Un nuevo mundo virgen se exhibía seguro de su atractivo ante los ojos de aquella chiquilla rebelde y de capital que desconocía totalmente el esplendor de la naturaleza, magnanimidad que le encarrilaría hacia su propia extinción.

La quiebra económica en que nos hallábamos, hizo que mi madre se afanase en su tarea con cierta diligencia, aunque en un principio le resultó muy embarazoso, pues la nueva clientela no resultaba demasiado atrayente para su llamativa actividad.

Al poco tiempo, una vez ya asentados en la zona, no tardó en hacer aparición un párroco sediento de feligreses que llenasen su parroquia, y que puso todo su empeño en hacernos aparecer en los actos de la pequeña iglesia que presidía; también removi6 el firmamento para intentar encauzar mi conducta por el buen camino y me incluyó en la institución docente que había en el pueblo vecino.

Fueron los estudios aquello en que yo más comencé a destacar, pues era mi hambre interior la que trataba de cebar su conciencia en las letras, tras nunca hallar verdad y amor en el menú, ya que el odio y la dureza a la que vivía acostumbrada desde temprana edad, fueron mi primer plato después de la leche de vaca. Unicamente recibí consuelo en los libros durante el tiempo que permanecía fuera de casa, extirpada de la calle por aquel párroco, de aspecto llamativo, que se ocupó de mi correcta enseñanza y de proporcionarme las atenciones que requería.

Vestido constantemente con unas ropas del color empleado en los ataúdes, y que me causaron cierto respeto desde que le vi; con un pantalón que apenas daba cabida a su voluminoso abdomen; luciendo una brillantez pulida en la que cuatro pelos pioneros se resistían a erosionar de su cabeza; y con una cara salida de un tebeo, de la que destacaba una nariz con aspecto de tubérculo, era capaz de sembrar la risa en cualquier situación. Siempre risueño y haciendo chistes de todas mis penas, también trató de implantarme cierta disciplina, a la que tanto me amotinaba. Fue él quien me ayudó a poner un poco de orden en mi vida, aceptar con humor todo cuanto me había tocado vivir y aprender a cohabitar los padres que me fueron asignados por el supremo.

Me entusiasmaba conocer gente nueva, que tanto difería de los colegas de corredurías dedicados al latrocinio junto a los que anduve en mis tempranas relaciones con la sociedad. Ello dio como resultado un carácter enormemente extrovertido, tan apetitoso para los rapazuelos que me perseguían -quizá pensando que fuese presa accesible y de acción capaz de acompañarles a las pradurías a catar no precisamente hierba-, aunque nunca resulté ser un gazapo al alcance de cualquier ave de rapiña, probablemente a causa del ambiente familiar que me rodeaba.

Fuiste tú quien cautivaste por primera vez un alma indomable, alma que solamente tu supiste amansar, aunque sé que nada fácil te resultó.

III

Admiro la grandiosidad con que vuelven a surgir todos aquellos recuerdos que creí haber olvidado, pero que han permanecido latentes en mi conciencia esperando este momento para despertar y hacer más dulce mi agonía. En estos tres últimos días de desvelo y desolación, mi mente no ha interrumpido su ocupación de reconstruir nuestros momentos de felicidad.

Un curso nos distanciaba, apenas año y medio marcaron nuestra llegada a un mundo nuevo lejos del calor materno, vientre que nos protegía de un exterior hostil para nuestra aún corta vida.

No pocas veces reparé en ti al verte rondar por los pasillos de aquel centro educativo que nos presentó sin darnos los nombres, cosa que debíamos hacer por nuestra cuenta.

Al igual que muchas otras doncellas, suspiraba por conocerte, pero la extraordinaria belleza física con que te dotó la naturaleza, y saber que por ti suspiraban más vírgenes de las que nunca mi mente pudo imaginar, hacía que te sintiera meta inalcanzable para mí. A pesar de tener un carácter infinitamente extrovertido -fruto de una vida en la calle, lejos de unos padres que nunca aceptaron mi llegada- no daba con el momento para aventurarme en la tarea de presentarnos.

Un día entero me pareció el tiempo que estuve observando los movimientos que trazabas en aquel partido de baloncesto, deporte que resultaba,

junto con el arte de seducir, tu mayor destreza. Fue al finalizar victoriosamente una lucha por un esférico, entre dos canastas limitadas por el espacio y el tiempo, cuando noté un rubor de chiquilla que nunca antes había sentido, al observar como dos adictivos ojos, acompañados de una majestuosa sonrisa, me miraban, recorrían todo un cuerpo que en aquel instante se me antojó pequeño para detenerse en mi rostro. Intenté no sonreír para ocultar el amasijo de hierros que llenaban mi boca, cosa que resultó imposible, pero que al parecer careció de importancia.

Un grupo de brazos enramados hacia el sol de tu victoria, te despegaron del suelo para llevarte en volandas a un vestuario que se interpuso entre nosotros, acotando aquel primer cruce de miradas.

Tal vez saturada de breves exámenes visuales, saludos y sonrisas, me acerqué a ti el día en que, sentado sobre un banco durante el descanso de la clase, te vi mientras les indicabas a tus compañeros de juego como debían responder con el balón, ya que una lesión en la rodilla te impedía jugar. Tanteando el horizonte me atreví a preguntar:

- ¿Qué te ha pasado en la rodilla?

- Me resbale con la moto- dijiste mostrando una amplia sonrisa de asombro y dirigiendo una ojeada que ascendió lentamente desde los pies hasta recrearse en mis ojos, verdes como esmeraldas, perplejos ante tanta perfección. Me pediste que te acompañase y partiendo de aquel breve intercambio de palabras, acompañadas de un casto beso en la mejilla, nos presentamos. Una sirena semejante a las empleadas en la guerra ante un inminente ataque aéreo, marcaba el fin de aquel inolvidable momento de esparcimiento de nuestras

mentes. Requería nuestro regreso a unas aulas en las que nos aguardaban unos diestros desprovistos de espada y capote, sedientos de juventud, que nos anunciaban una vida cruel y dura mas allá de las fronteras del instituto.

Hago memoria de tus rasgos, a los que creo poder acariciar cuando son sólo imágenes fugaces que rondan por mi dolorida cabeza debido al llanto de mis ojos, de los que se desprenden pequeños diamantes que avanzan derritiéndose por mis mejillas ante el calor que mantiene el lento palpitar de este corazón cansado. Tu cara de niño, de piel ameloconada, de la que suavemente sobresalía una graciosa nariz sobre esa curiosa abertura tuya, poblada de perfectas tallas de marfil; el pelo, que onduladamente se apartaba de tu frente, para dirigir su mirada hacia atrás; las orejas, colocadas con minuciosidad, aquellas que percibieron mis dientes, libres ya del corsé de acero que los atormentó desde la juventud o la viscosidad de una lengua, en nada comparable con aquella que llegó a deslizarse por mi secreto de mujer; las esferas de cristal que eran tus ojos, oscuros como la noche, con la profundidad del océano, capaces de atrapar con sus grandes párpados cualquier mirada inocente, mirada capaz de sonrojarme desde que anclaste tu vista en mis facciones; o el sabor ligeramente salado de tu cuerpo. Gratos ensueños quebrados por la fugaz imagen de un rostro demacrado por la muerte, o un atisbo de castigo que empequeñece mi ser, acompañado por una tunda que debilita mi cuerpo, al igual que lo hiciera un excesivo esfuerzo físico.

Sigo recordando aún la vez que nos conocimos, presentados por aquella

profunda y dulce mirada tuya, siempre precedida de una majestuosa sonrisa. Tras un primer, suave y casto beso en la mejilla, que me ruborizó como nunca, mis ojos se pusieron a la deriva –aunque traté de evitar que la coloración de mi cara alcanzase un grado mayor, comparable al tono de un tomate maduro-.

Fue el primer bocado de ternura que me permitieron probar desde mi corta existencia, llenando el vacío de la soledad en la calle; sabrosa dentellada que no llegué a degustar, al ser arrancada de mi boca por un progenitor que acudía en mi búsqueda, sometido al efecto del alcohol que sustituía la sangre de sus venas, y se rebelaba a que yo pudiese sentir el amor que le apartase de su lado.

Empecé a ver la dulzura reflejándose en unos ojos delicados cada vez que intercambiábamos un saludo o unas palabras; la ternura heredada de tus padres y que tanto anhelabas compartir.

Numerosas veces traté de librarme de la telaraña pasional en que habitabas, pues no supe vivir junto a tanto afecto ni comprensión, acostumbrada a los malos tratos, odio y desamor. Me sentí acosada por un amor puro que nunca antes había experimentado, aunque una y otra vez regresaba a tu lado suplicando clemencia por una actitud que nunca me reprochaste. Procuré no quemarme con tanto frenesí, saboreando pequeñas bocanadas de ternura; algo que me era desconocido desde que abrieron las puertas de mi vida, y que fue causándome adicción.

Me sentía joven, viva, como una abeja de flor en flor tratando de hallar el mejor néctar que nutriese mis entrañas. Hoy más que nunca quiero permanecer a tu lado para toda la eternidad. Espero nazca el nuevo día; reunir el valor necesario para emprender tu búsqueda; vaciarme de un mundo que no llena mi

existencia.

Una sonrisa atenuada por las lágrimas que se exprimen de mis ojos, escapa furtiva a estos labios al evocar aquella vez en que, luciendo un rostro enrojecido como el de un diablillo, me preguntaste si podías darme un beso. Tras cerrar los ojos en un mundo de fantasías de adolescente, aguardando sentir el calor de tus labios posándose sobre los míos, el tiempo se detuvo. Parecía que lo estuvieses meditando; tal vez querías cerciorarte o te asaltaron las dudas de cómo hacerlo. De pronto percibí un delicado y rápido contacto en la frente, beso que yo ansiaba sentir asentarse sobre mis labios.

Armada de valor, y venciendo mis rubores, tuve que ser yo quien se hiciese cargo de unir nuestros labios húmedos y frescos como pétalos tras el rocío, para quedar en nuestras miradas una sonrisa picaresca e infantil, al haber hecho algo que ambos deseábamos, pero que todavía no habíamos sido capaces de iniciar.

Detrás de aquel viejo portón de madera, al que mis manos atizaron con desespero la primera vez que me presentaba a una cita en tu casa, apareció una mujer de diminutos ojos negros, de los que se irradiaba todo su cariño en una ojeada expresiva de dulzura y sencillez.

Con una amable sonrisa, como intuyendo que era una amiga bastante especial para su hijo, me brindó su techo para cuantas veces quisiese, y mostrándome la humildad de su hogar, fui conducida a la habitación que albergaría la esencia de tu descanso.

Un aroma fresco y agradable a colonia infantil, emergía de unas

prendas cuidadosamente dejadas con mimo sobre la cama, que se contagiaba en el ambiente de la habitación.

- ¿Puedes esperarle aquí hasta que salga de la ducha?. No creo que tarde mucho. Perdona, pero yo tengo que salir a trabajar. ¡Ah!, y encantada de conocerte. Espero que os divirtáis. Hasta luego -dijo sonriendo de forma cómplice-.

Tras una puerta entreabierta, el fragor del agua atraía mi curiosidad, y asomándome en silencio por su resquicio, permanecí espiándote -al igual que hace el guepardo con sigilo, mientras acecha a una apetitosa gacela, ajena al peligro que le aguarda-. Observé embobada como una cortina de lluvia y vaho te envolvía, ocultando tu figura desnuda, que intenté dibujar con mis dedos para memorizar tus rasgos; cosquilleo que me pareció percibías a través del cristal del maniluvio. De pronto la mampara se abrió,... Sobresaltada, volví rápidamente atrás y me senté sobre la cama, como distraída leyendo una revista.

Levemente asomaban los dientes de una sonrisa, al tiempo que unos ojos calaron mí en una mirada que se cruzó con la mía, y me transmitió todo su cariño sin decir cosa alguna, y como notas musicales, salieron unas palabras eco de una voz celestial que me dieron la bienvenida. Envuelto en una toalla que absorbía la humedad de tu cuerpo, recogiste las ropas que disimularían la fortaleza de tus músculos.

Un mar de lágrimas despierta en mis ojos, de los que bravamente se desprende el exceso de agua que mis párpados no pueden remansar, al hacer memoria del día en que accedí a guardarte fidelidad. En un

jardín del edén, bajo los árboles que cobijaban nuestra estima, y junto a una alfaguara de la que manaba el agua que nos daba la vida, nos prometimos al amor.

Obsequiada con una alianza, entre besos y dulces palabras, nos sumergimos bajo el agua. Las ropas adheridas a nuestros cuerpos, disimulaban dos figuras complementarias unidas por unos labios húmedos y suaves que intercambiaron sus fluidos. Suspendida entre la fortaleza de tus brazos, flotando en un mundo de sueños, fui llevada junto al verde que cubría la inmensidad del parque.

Miré el cielo que las hojas de los árboles se esforzaban por enmascarar, y absortos en una nube de frenesí, contemplamos un sol que aquella vez brillaba diferente. Una suave brisa hizo que las hojas cobrasen una vida especial y aplaudieran nuestro romance.

Despojados de las prendas empapadas que cubrían nuestros cuerpos, y tal vez bajo los efectos de un exótico cóctel afrodisíaco, sobre un lecho vegetal a la luz tenue de un atardecer rojizo, ensayamos el amor en su grado máximo. Experimenté una humedad cálida brotando en mis entrañas; los pezones endureciéndose ante el contacto de las manos que maceraban mis senos; unas delicadas caricias, casi imperceptibles por una piel estremecida, de la que el vello se erizaba tratando de alcanzar las delicadas manos que la recorrían; unos cariñosos susurros escapando entre tus dientes; la viscosidad de una lengua recorriendo mi secreto de mujer; unos dientes mordisqueando dulcemente estas orejas; el fuego de un falo erguido adentrándose en mi grandor, acompañado de un extraño cosquilleo; tus manos dilatadas sujetando con firmeza el vaivén de mis

prietas nalgas; el corazón acelerado pidiendo el auxilio de una respiración apresurada. Nuestros dos cuerpos sudorosos y derretidos en un abrazo, se enredaron en una nube de pasión.

Florecen en mi los celos por no acompañarte tras abandonar la pista de asfalto, en la que agarrada a tu grandor, vi pasar una vida entera; nuestros pequeños encuentros inundados por la sencillez, la ternura de dos niños frente a algo totalmente nuevo para ellos como es el amor, quedando atrás por la velocidad con que nos dirigíamos hacia un futuro mejor, en el que nadie se interpusiese entre nosotros. ¡Cuánto me gustaría fundirme junto a ti en la fragua de nuestras viejas pasiones!.

Mi tristeza únicamente puede ser abrigada por el recuerdo de aquellos momentos en los que permanecemos juntos. Más que nunca, anhelo reunirme contigo, pues estas memorias consumiéndose en mi subconsciente, me fuerzan hacia la desesperación; todo sea por un amor verdadero del que en su día quedé presa y sin el que ya no concibo la vida; reforzado ahora por la distancia que nos separa. Por ello busco descansar junto a ti en un sueño eterno.

La muerte se acerca sigilosa; la aguardo con impaciencia y en silencio. Espero reunir el valor suficiente para librar con ella una escaramuza de la que, con seguridad, puedo afirmar que no voy a surgir con vida.

IV

Ayer, emergiendo de una bruma matinal espesa, húmeda y silenciosa, producto de la lluvia, el eco de las campanas tocando a muerte en la soledad, congregaba a los feligreses, aburridos y morbosos, al murmullo que conlleva la agonía ajena de esta inusual defunción en una villa ahogada en la monotonía. Amigos, profesores y conocidos tampoco faltaron a su cita en el acto de despedida.

Una cúpula lúgubre alimentaba la resonancia de la gente acomodándose en las tablas de madera que guarecía. Pinturas evocando la vida eterna, amarillentas por el tiempo y la humedad, adornaban toda su extensión, y bajo ella, presidiendo el altar que albergaba una cruz románica, un siervo del señor cantó tu despedida anunciando una vida mejor vencida ya la muerte.

Yacías en un lecho de madera, fríamente tapizado y envuelto en lágrimas de sufrimiento, que iba a arropar tu cuerpo exánime hasta que los gusanos rehusasen los restos que acabarían por convertirse en cenizas.

El dolor brotaba en la mirada de aquella mujer que te trajo al mundo, y ahora, se mecía en su propia locura. De sus ojos enrojecidos, como inmersos en un baño de sangre, brotaban unas lágrimas amargas que ayudaron a corroer mi susceptibilidad y hastiar mi desconsuelo. Con gran impotencia me atreví a rehuir de su compañía y observar desde la distancia todo cuanto ocurría en el templo. Refugiada tras una columna que turbaba mi presencia a los congregados quedé sumida en una pesadilla irreal.

Vi por primera vez los efectos que la muerte produjo en tu rostro, que esta

vez carecía del calor de tu sonrisa, del rubor de tu piel, o el brillo de tu pelo. Ibas maquillado para ser el acompañante demacrado de la muerte en una noche eterna; vestido para la ocasión con tus ropas preferidas, entre ellas la camisa que yo te regalé; prenda que apenas solías vestir por temor a que se deteriorase y que siempre tratabas con delicadeza; ropaje del que se aprovechó la desgracia para descomponerlo en la nada, junto a tus vestigios.

Unas lágrimas mías se sumaron a las de tu madre, y descansando sobre tu cuerpo sin vida, despidieron el féretro camino del cementerio. Nunca antes vi una cara reflejando tanto sufrimiento como la de aquella mujer, siempre tan alegre ante la vida, a pesar de haber perdido a su marido en la infinitud del océano; esta vez quedaba ya sola frente al mundo, arrancado de su lado el hijo por el que siempre se desvivió, su única compañía.

Una lluvia gélida y punzante, entenebrecía el paso en dirección a la no muy acogedora necrópolis de la villa, en la que una verja negra, forjada antaño por gentes hoy momificadas en el recuerdo de quienes ahora protege, contrastaba con el blanco de las paredes para enmascarar una oscuridad ignota, consumida ya la existencia. Recibía nuestras vidas con emoción poco afectada por cuanto les sucedió a aquellos que extraían el dolor de nuestras entrañas.

Bajo un sauce del que su ramiza iba descendiendo hasta la tierra, quizá en un gesto de consuelo hacia los difuntos, intenté guarecerme del aguaviento que sollozaba por tu pérdida, mientras la vegetación se cebaba en una tierra enriquecida por los numerosos restos mortales que la abonaban.

Mármoles fríos, flores mustias y soledad, saturaban la morada de los difuntos; hogar custodiado por ángeles justicieros, vírgenes y crucificados infelices ante el sufrimiento.

Un nicho oscuro de ladrillos rojizos, que las arañas osaron a tapizar sin respeto alguno hacia el nuevo inquilino, acogió sin vacilar el féretro que te abriría paso hacia la vida eterna. A su boca abandonaron unas flores sacrificadas para que su fragancia alimentase tu alma antes de emprender el viaje por el sendero del más allá.

Al poco tiempo, los murmullos que traía consigo la gente, desaparecieron con ella. Destacando sobre todas las tumbas del cementerio, una frase escrita decía:

"Ayer yo fui lo que tú eres hoy,

mañana tu serás lo que yo soy"

Hizo que una electricidad álgida recorriese mis vértebras. El llanto de mis ojos se sumó al de la lluvia, y mirando por última vez aquellos dos cipreses sobresalientes de entre los difuntos, que unieron sus copas buscando desahogarse mutuamente, emprendí la vuelta a casa, en la que me aguardaban unos padres nada comprensivos con cuanto sentía.

El tiempo dedicado para la hora de la comida, momento en el que todos nos solíamos reunir en la mesa para ingurgitar los mejunjes que preparaba mi madre y que en absoluto desperdiciaba mi progenitor, resultó más monótono que de costumbre. Fue una estancia larga, áspera y sin dialogo, y yo, cabizbaja y sumida en la nada, jugueteaba con la

cuchara a punto de sumergir mi testa en aquel brebaje de brujas, en el que ni mis alborotados cabellos osaron a remojarse.

Unicamente el rumor de la lluvia animaba la situación. Pero poco tardó en sonar el teléfono para transmitir las noticias de pesar que acabasen de hundir mi corazón. Otros, menos compasivos, buscaban cotillear acerca de cuanto sucedió y brindarse a ayudarme en aquello que pudiese necesitar, intentos vanos de consolación que sólo consiguieron recordar el infortunio y ungir así mi agonía.

La tormenta insistente, que busca borrar las huellas de tu paso por la tierra, me recluye en un hogar que es sala de torturas. Amigos me visitan en esta prisión mostrando sus condolencias, y con ello, hacen que me sienta más miserable.

Protegida tras las portillas acristaladas de mi habitación, alcanzo a ver en el jardín vecino una vasta extensión de rosas, producto del renacimiento de la vida floral, pero con un esplendor ya marchito, a las que la lluvia ataca con violencia mostrando la furia contenida de una primavera alborotada; lluvia densa como gotas de cristal líquido que encubre el mundo más allá de la ventana y le resta importancia desvaneciéndolo tras su manto repentino; lluvia fruto de un apogeo alterado que muestra toda su riqueza en una gran diversidad de climas.

Sepultadas tras una lápida de desgracias quedan ahora las sonrisas de

una mujer desolada, de la que tiempo atrás se desprendía amor y dulzura, mientras recordaba con nostalgia la ausencia del marido perdido entre la furia de las aguas del mar. Mirando el retrato de su esposo, brillaban en sus ojos los buenos recuerdos que de él tenía al tiempo que narraba alguna de sus hazañas en el mar; la misma que le apartó de su lado.

Una habitación intacta, lúgubre y sin vida, que ahora parece una cripta, encierra tus gustos, evoca tu personalidad y registra una vida desde su infancia. A su puerta permanece atento esperando tu regreso el cachorrillo ya un poco crecido con el que te obsequiaron por tu cumpleaños.

Noches de desvelo y sollozos postergan tu marcha, a la que se suma una lluvia incesante, como lágrimas caídas del cielo que despiden tu partida hacia un mundo nuevo y desconocido, de belleza si cabe superior a la de aquel valle que nos absorbió en su encanto.

Revolviéndome entre las sábanas de mi insomnio, consigo distinguir tras el ventanuco una noche oscura y entre tinieblas que se ha adueñado del mundo, mientras el agua que rezuma por los tejados, quiebra su silencio, como queriendo evitar mi descanso; lluvia que inunda las techumbres con diminutos espejos que parecen diamantes dispuestos para alimentar la avaricia de mis ojos e impedirles conciliar el sueño.

Ahora, en tan solo tres días, más años pesan sobre mi espalda; una oscura concavidad se ha adueñado de mis insomnes ojos; mis delicados cabellos se amotinan a ser alineados por un peine; la piel se me estremece ante la soledad al

igual que lo haría frente a un baño de gélidas aguas.

Un rostro de muerte huidizo, como un espectro fruto de las alucinaciones del desespero, cruza la habitación hasta detenerse al pie de la ventana, y lanzando una fría mirada antes de desaparecer, me recuerda la tragedia sucedida; le sigue un silencio sepulcral violado por unos gemidos en la habitación contigua, producto de un orgasmo fingido entre dos personas aborrecidas por la rutina.

La cama, quejumbrosa ante el exagerado movimiento, chirría en un intento de mostrar su desaprobación, mientras las nalgas flácidas, blanquecinas y frías de mi madre, chocan con violencia rebotando una y otra vez contra el pubis de su amante, quien invocando la palabra "mierda", da por concluido el fallido esfuerzo por lograr una eyaculación retardada. Luego, todo vuelve al silencio de la noche en la que tan sólo se abren paso el rumor de la lluvia y un viejo reloj que parece recrearse retrasando las horas.

El cielo parece estar cansado de llorar. Ha cesado la lluvia, y entre pequeños claros intenta abrirse paso una luna llena que acude a consolar mi llanto; luna de redondez perfecta, con un brillo y luminosidad que permiten la lectura de mis recuerdos; la misma que cautivó nuestros corazones cuando la contemplamos a los pies del valle, poco después de que recortase nuestras figuras fusionadas en un abrazo.

En este momento, observando temblorosa desde la ventana de mi habitación esta luna que refleja la luz del día en la otra cara del

mundo, tan sólo me cabe recordar aquella noche, ya abordada, que iniciaría un fin de semana del que nunca alcancé a imaginar tan amargo final.

La luna raída, tras unas solitarias nubes que tal vez quisieran ocultarle el horror de cuanto iba a suceder, me invitaba a observarla desde lo alto de la cumbre de la serranía, en la que daba fin aquel valle esplendoroso cubierto de una espesura salvaje y virgen salpicada de pequeñas aglomeraciones de casas.

Siguen resonando en mi ahuecada cabeza las últimas palabras, que escapadas de tus labios, manifestaron disconformidad a acompañarme hasta los cerros; aunque no de muy buena gana, vencido por los deseos de complacerme, aceptaste las súplicas de mi propuesta. Son palabras que me hacen sentir culpable después de cuanto ocurrió.

En este instante, únicamente puedo vislumbrar la luna llena que me hechizó en aquel valle. No logro conciliar al sueño.

V

Bajo una luna a media asta, en preludio de la tragedia que se nos avecinaba, sembrando de estrellas la oscuridad de una noche joven, fijé mi atención en los escarpados de la montaña a la que nos dirigíamos. Eran como dientes afilados que buscaban desangrar el cielo que velaba por nosotros y, en su descuido, tras percibir un movimiento brusco de la motocicleta, volví la vista al frente. Dos

luces saliendo de aquella curva, cegaron mis ojos. Un vehículo dando bandazos a lo ancho de la carretera nos iba a embestir sin que lo pudiésemos lidiar. El deslizamiento de los neumáticos sobre el asfalto dio paso a un estrepitoso ruido; los destellos se apocaron; las esquirlas de luz del día se reflejaban en la luna, que hacía de espejo e iba imprimiendo el accidente en su superficie, para poder testificar ante el albedrío.

El mundo se puso a dar vueltas golpeando mi cuerpo por todas las partes imaginables; tunda peor que las palizas a las que me sometía mi precursor.

Tu cuerpo paralizado yacía en la calzada a pocos metros del mío, con una mirada blanca e inmóvil fija en la bóveda celeste bajo la que yacíamos. Y con los ojos dilatados a punto de desorbitarse, tal vez le cuestionabas a la luna el porqué de nuestra desgracia. Tras unas convulsiones y unas bocanadas de aire, al igual que un pez fuera del agua, tu cuerpo volvió a la inmovilidad.

De mis ojos se sacrificaron unas lágrimas frías que contrastaban con el sofocón de mi piel, para lentamente emprender su descenso por las mejillas, hasta perderse en la nada, dejando impresas tras de sí las huellas de su paso marchito. El espejo del día me permitió vagamente distinguir, entre sombras, un hombre azorado tambaleándose a nuestro alrededor moviendo bruscamente los brazos en un aspaviento, como queriendo ahuyentar la muerte que ya merodeaba por los arrabales del bosque. A la luz de un encendedor, su aliento contagiado de

alcohol recorría mi cara a poca distancia para comprobar el estado en que me hallaba. Antes de languidecer a causa del golpe, alcancé a distinguir la mirada dipsómana de aquellos ojos teñidos del color rojizo que deja el espíritu del whisky en sus diminutos capilares; visión que evocaba el rostro de mi padre.

Bajo un firmamento oscuro poblado por miríadas de estrellas, un grupo de nubes se deslizaba tratando de ocultarle a la luna el horror de lo sucedido. De repente, un mareo punzante y doloroso desvió mi consciencia hacia la nada. El clamor del viento se aquietó; los grillos interrumpieron su melodía; la luna y las estrellas se desvanecieron en la oscuridad, y de un mundo ilusorio en el que todo era blanco, vinieron a mi mente flashes del curso de una vida obstaculizada por la imprudencia; todo ello en una insignificante fracción de tiempo.

Pronto el valle experimentaría más alboroto del que pudieran producir millones de aves congregadas a un concurso de canto. Luces de colores, dando vueltas y trayendo el eco de la muerte, iban a marear la relativa calma que huiría despavorida hacia otro lugar más recóndito de la cañada. Hombres de uniforme se harían con la situación. Se iban a desplegar gran cantidad de medios para que el entorno borrara de su recuerdo cualquier suceso presenciado y que todo quedara como si nada hubiese ocurrido. Atrás quedaría el valle azorado por el episodio, que poco después reanudaría su actividad como si nada le hubiese afectado.

El personaje que causó la tragedia bajo efectos del espíritu de fuego, iba a ser interrogado; tal vez también recibiría un vapuleo de parte de algún alguacil reprimido.

Llevada en una inconsciencia desconocida, desperté en un lugar que se me antojó el mismísimo cielo. En medio de un coro de ángeles, dentro de aquel mundo de infinita blancura, la cabeza me daba vueltas; mi corazón latía en su interior, como tratando estrujar el cerebro que en ella habitaba. Luces blancas en movimiento ambientaban aquel sitio en el que nada se detenía, y flotando en un universo de dolor sumergido en el silencio, pequeños sonidos empezaron a surgir de aquel remanso de paz, del que comencé a distinguir breves palabras.

Recostada en una cama de nubes, volví la vista a un lado y una imagen aterradora se clavó en mis ojos haciéndome despertar del mundo irreal en que estaba sumida. Un cuerpo que me era conocido, daba saltos sobre una mesa de torturas rodeado de demonios verdes, muy obcecados en su labor recreándose en aquel baño de sangre.

Unos pitidos agudos turbaron mis oídos. Pretendí levantarme, pero mi cuerpo no respondía. Mis orejas no desviaban su atención de aquellos pitidos pausados y distantes unos de otros que, tras uno largo e interminable, dieron paso al silencio más aterrador que hubiese oído nunca.

- Esto se ha acabado, ya no podemos hacer nada.

El olor a sangre reseca impregnaba el ambiente. Gritos de dolor procedentes de otro camastro de torturas, violaron aquel silencio que a punto estuvo de conducirme hacia la locura.

Una luz recorrió mi cara y se detuvo en los ojos que no cesaban de moverse en un intento desesperado por evadirse de la situación.

- ¿Sientes algo?. ¿Me oyes?. ¿Qué ha sucedido?. ¿Y tus padres?.

Detrás de la luz, surgió una mujer de infinita belleza que parecía un ángel, y con su dulce voz intentaba aplacar mis nervios pero, ante la falta de respuesta y mi histerismo, la picadura de un oportuno y extraño insecto me arrebató la tensión de los músculos que se sumieron en una calma en jamás imaginable. El cansancio se apoderó de mi ser; el sosiego se hizo con mi espíritu; el sueño se adentró en mis carnes que se rindieron sin vacilar ante la fatiga y los golpes.

Una vez abandonado el dulce letargo, difuminada por las telarañas que encubrían mis ojos, aquella mujer, cuya mirada fue extraída del azul puro y cristalino del océano, haciendo gala del brillo de sus cabellos dorados, volvió a hacer su aparición. Tras entrar en la habitación, se detuvo al lado de la cama, mostrando una sonrisa perfecta y vestida de blanco, como si nada desagradable hubiese sucedido.

- Buenos días. ¿Cómo te encuentras?

- Bien aunque un poco cansada –respondí, no muy atraída por la pregunta-

Se presentó muy amablemente, tratando tal vez de hacer una nueva amistad o quizá para espiar en mis pensamientos, que no se apartaban del dolor que habían vivido, al ver como los médicos pugnaban por arrancar de las garras de la muerte un cuerpo ya vencido.

- Vamos a hacerte unas pruebas más para asegurarnos que todo está bien, ¿vale?, tu cálmate.

Mi cabeza seguía extraña a cuanto sucedió, pero poco a poco, empezaba ya a ir tomando buena conciencia del destino que alcanzaste, pocas horas atrás, mientras deambulábamos por aquella travesía que surcaba el valle, bajo una luna con aspecto de guadaña; noche en la que te presentaron a la muerte, aunque aún para mí incierta.

- ¿Qué ha pasado?, ¿Dónde estoy?, ¿Y.. ?.

- Tranquila. No pasa nada. Tus padres no deben tardar en aparecer, y ahora siéntate en esta silla, que nos vamos a dar un paseo.

Tras cruzar el umbral de la puerta, con cierto temor ante lo que pudiese encontrar al otro lado, alcancé a distinguir tres personas y, sin duda, eran ellos. También les escoltaba el párroco, que esta vez estaba pálido como las posaderas de una novicia.

- Por favor, aguarden aquí un rato mientras le hacemos otro reconocimiento. No se preocupen. Enseguida les atenderá el doctor.

De regreso, mi madre se abalanzó sobre mí en un gesto desconocido. Interpretaba bien su papel. Parecía algo afectada por cuanto me había sucedido, (quizá le habrían propinado una tunda antes de abandonar su morada para que desfilase ajustada a las circunstancias). Mi padre estaba inexplicablemente sobrio, áspero como de costumbre y apurando las últimas caladas de un cigarrillo que le empequeñecía los ojos en cada bocanada. El clérigo se contentó al verme y quiso cerciorarse de que me encontraba perfectamente para, poco a poco, ir recobrando el color de los vivos.

- Es un auténtico milagro que no te haya pasado nada, hija mía- repitió una y otra vez el cura. Después, acogió mi mano entre las suyas para infundirme

consuelo por una noticia todavía desconocida a mis oídos.

De repente su rostro cambió de expresión, mientras sus ojos se esforzaban por contener en su hombría unas lágrimas de pesar. Tras aislarme del resto de los presentes y, tragando una saliva amarga que le debió corroer la garganta, me dio la noticia de tu fallecimiento. Fueron unas palabras que salían con voz pavorosa y de impotencia, para manifestar su duelo; informe que desgarraba mi corazón al tiempo que atendía sus palabras. De pronto, mis ojos se encharcaron de unas lágrimas temblorosas, que se hicieron eternas y dudaban con gran temor a discurrir por unas mejillas empalidecidas ante la noticia.

El día se estaba haciendo interminable. Detrás de las ventanas un cielo oscuro perturbaba mi conciencia. Sentí con fuerte odio como la vida se me extinguía sumida en la crueldad. Creí enloquecer. Me faltaba el aire. Quise morir antes que permanecer en una jaula de rencor confiando en hallar nuevamente algún día un amor puro como el que acababa de perder.

Empecé a encogerme sobre la cama aguardando la muerte. En el ambiente iba disminuyendo la temperatura, tal vez para que fuese menos dolorosa mi agonía.

- Los resultados de las pruebas son satisfactorios, aunque presenta ciertas contusiones de poca gravedad a consecuencia de los golpes, pero que en pocos días se repondrá totalmente. Creemos que sería oportuno que volviese a casa después del trauma sufrido- dijo la doctora que nuevamente hizo aparición de entre la penumbra que impregnaba la habitación.

El párroco me apretaba la mano queriendo desesperadamente escurrir mi amargura y hacerla suya. Mis padres salieron de la estancia para conversar con los facultativos.

Tras un cristal que la luz se esforzaba inútilmente en atravesar, unos rostros deformados se movían de un lado a otro de la saleta; probablemente les estaban informando de mi estado de ánimo, las afecciones tras el accidente... y les darían ciertos consejos de actuación ante mi posible conducta, a los que con seguridad harían caso omiso.

- Regresamos a casa- dijo mi madre ocultándose tras una sonrisa postiza y de ficción, más bien propia de un moro estafando a un cristiano.

VI

Las estrellas, aburridas tras toda una noche en vela, inician lentamente su regreso hacia los confines del universo. El alboroto de los pájaros desplaza el silencio del crepúsculo, que regresa a su sepulcro, mientras una luz frágil comienza a hacer su aparición y cubre la espesura que queda a mis pies. El canto de un gallo en la lejanía avisa a la noche de que ya debe dejar entrada al día. Pequeñas luces extinguiéndose, como luciérnagas en movimiento en busca de nadie sabe qué, dotan al valle de una vida especial, mientras otras, dormitando, contemplan su acción antes de que el albor del día les venza en intensidad.

El humo cálido de una caseta de campo se eleva hacia el cielo, en el que tan sólo queda la luna demacrada, retrasando su huida, expectante ante cuanto pueda suceder; y una voluminosa estrella, lucero del alba que le hace compañía.

Ambas invocan la luz del día, al tiempo que unos rezagados cúmulos de bruma ascienden juguetones desde la hondura del valle, para desvanecerse antes de alcanzar la cumbre.

El mundo va adquiriendo un tono rojizo, en el que sólo se distinguen sombras inmóviles que se van definiendo a medida que amanece, según el sol sale de su escondrijo en el mar. El firmamento se expande más allá del precipicio, atalaya desde la que observábamos la grandeza de la creación, amalgama de verdes, azules, amarillos, marrones... Arbustos tratando de sobrevivir a la caída, se agarran a la roca con las manos de que les dotó la naturaleza. Los árboles sujetan la riqueza de una tierra que el agua se empeñaba en llevar consigo días atrás a un océano en que no pudiera ser dañada por el hombre. Flores amamantan numerosos insectos, ajenos al horror de aquella serpiente negra con blancas rayas dibujadas a su espalda; líneas continuas que remarcan su peligrosidad; y abriéndose paso entre la vegetación, busca llegar a la cumbre de la montaña, desde la que poder inocular su mortal veneno al sol que nos daba la vida; el mismo sol que salía encendido de un mar de calma día tras día y que el agua de lluvia tampoco lograba extinguir; lucero supremo que se sonrojó al ver nuestros cuerpos desnudos fundidos en uno solo y se afanaba por ocultarse tras las montañas, mientras unos espabilados rayos de luz nos espiaban y mantenían encendido nuestro fuego pasional; sol idéntico al que hoy se va alzando sobre el mar calmado que se avista desde aquí.

Nunca imaginé que fueses a marchar tan lejos, tal vez en busca de un paraíso perdido, si cabe imaginar, de belleza superior a la de este valle poblado

de mástiles de fusta, sobre los que se afianzan las velas verdes, a las que el viento imprimía su fuerza tratando de llevar nuestras vidas a la deriva, quizá, hacia un paraje de sueños en el que la existencia resultase más fácil y bella. Ahora aquellos a quienesquiera que dejaste atrás, han quedado sumidos en la más profunda desesperación, para algunos pasajera, para mi infranqueable, que me lleva a emprender la marcha hasta tu encuentro, por la que ruego me perdonen quienes, como mis padres, no sean capaces de entender mi amargura.

Mi boca sigue conservando todavía el sabor del beso amargo de la muerte, que permanece asido a los dientes y que la lengua ansia en vano borrar su huella. El corazón apura sus últimos latidos; se contrae cada vez con menos vida; se comprime en un puño produciendo congoja ante el vacío que el amor dejó en él, estímulo que le causó dependencia, aliento para la vida.

Un aire matinal fresco y lleno de vitalidad, me da fuerzas para que nuevamente me arriesgue a observar la altura de la fosa que recibirá mi cuerpo exánime. Siento como los ojos tratan de soslayar su mirada hacia el abismo pero, vencidos por la curiosidad, bajan la vista a sus cimientos cubiertos de los ramajes que arroparán mi muerte.

El miedo, las dudas, la tristeza y la soledad que llevo auestas, me arrebatan las ganas de seguir viviendo y amenazan con privar mi ser del aura de la vida. Los pies tiemblan al aventurarse hacia un paso mortal. El viento golpea mi cuerpo con violencia quizá en un intento desesperado por impedir el avance hacia el vacío. Ante la suerte que le aguarda a mi naturaleza, es inconcebible como se incrementa la actividad cerebral. Parece que esta mente atemorizada quiera retrasar mi decisión. Ahora me abrigan las dudas y el miedo; me cuestiono si

realmente habrá algo tras la línea de la muerte, o si existirá un dios misericorde que vela por el bien de sus hijos; tal vez los muertos se estén cebando en nuestros recuerdos en un lugar ilusorio producto de la insatisfacción del mundo en que vivimos.

Intento olvidar todo cuanto ronda por mi atemorizada cabeza, en la que aún creo poder entrever, tras el cristal de aquel vehículo, la cara del hombre que, bajo los efectos del agua de cólera que fluía por sus venas, arremetió contra la ruidosa motocicleta, con la que te brindaron el beso de la muerte.

Llenando mis pulmones del último soplo de vida, mientras con los brazos intento mantener un equilibrio precario, elevo la mirada al frente buscando en el horizonte el valor ineludible para lanzarme a tu encuentro. Una ráfaga de viento sube por los pies del precipicio y, calando en mis huesos, anuncia que tras mi decisión quedará atrás un cuerpo sin el calor de la vida, a la que nunca podré regresar. Un incendio se avista sobre el mar del que sale un sol radiante, que esta vez amenaza con guiarme al infierno.

Daniel Balaguer

<http://www.danielbalaguer.es>

<https://sites.google.com/site/danielbalaguer>